



SÍMBOLOS DEL PASADO

PACO RABADÁN AROCA

SÍMBOLOS

DEL

PASADO

PACO RABADÁN AROCA

SÍMBOLOS DEL PASADO

Círculo rojo – Novela

www.editorialcirculo rojo.com

Primera edición: abril 2013

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección *Novela*

© Paco Rabadán Aroca

Edición: Editorial Círculo Rojo.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

Impresión: Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9030-982-7

DEPÓSITO LEGAL: AL 349-2013

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Edic. digital para ebiblioteca.org: LMM

A mis amigos

«La amistad es un alma que habita en dos cuerpos»

Aristóteles (384 AC- 322 AC)

á'

Acarició la mesa de aluminio con la palma de la mano para asegurarse de que estuviese limpia y dejó la carpeta portafolios.

Arrastró la silla hacia atrás produciendo un ruido que alertó al camarero de que un nuevo cliente tomaba asiento en la terraza. El hombre sacó una gastada libreta del bolsillo de la camisa y le preguntó qué quería tomar.

—Un café con leche —respondió mientras miraba su reloj.

El sol brillaba en la plaza Cardenal Belluga aquel día de febrero y las terrazas tenían la mitad de las mesas ocupadas por extranjeros de piel clara, pantalones cortos y aparatosas máquinas de fotos. La gente iba de un lado a otro de la plaza. Se entretuvo adivinando quién era de Murcia y quién iba sólo de visita mientras esperaba su café. Estaba claro, pensaba, acertar era tan fácil como observar al que caminaba deprisa o con paso constante, mientras que los visitantes andaban despacio y mirando a todas partes, entreteniéndose con cada detalle labrado en las piedras que daban forma, una sobre otra, a la gigantesca catedral.

El tintineo de la taza sobre el plato anunció a Víctor que su café estaba listo. Pagó al camarero dejando el sobrante de propina y volcó el sobrecillo de azúcar dentro de la taza removiéndolo con la cucharilla mientras miraba a un grupo

de palomas que volaban en círculos hasta posarse en uno de los pequeños balcones de la fachada del Palacio Episcopal. Qué suerte tenían aquellos animales, pensaba mientras bebía el primer sorbo de café. Quizás en otra vida le correspondería a él reencarnarse en paloma y se pasaría el día junto a sus compañeras volando por la ciudad y posándose allí donde les apeteciera, con la sola preocupación de acercarse a alguno de los muchos jubilados que acudían al jardín de la Glorieta para echarles maíz o migas de pan.

Una música absurda sonó dentro de su carpeta ascendiendo de tono poco a poco. Le cambió el humor de repente. Maldijo entre dientes a la persona que se atrevía a interrumpir aquel momento de tranquilidad y observación animal. Odiaba el teléfono móvil. Le parecía inoportuno y una de las mayores indiscreciones que había inventado el hombre, pero debido a su trabajo no tenía más remedio que llevar uno siempre disponible. Metió la mano en la carpeta y lo sacó mirando la pequeña pantalla para identificar de quien se trataba.

«Raquel Casa» ponía el pequeño panel digital mientras se iluminaba de forma frenética e intermitente.

—Dígame —contestó fríamente a propósito, como si no supiera quien era.

—Ya puedes darte una ducha y afeitarte. Hoy vas a salir de nuevo a la calle a relacionarte con la raza humana, o casi, porque tenemos otra vez trabajo —era Raquel, su compañera.

Estudiaban juntos en la universidad, pero no fue hasta que acabaron la carrera cuando intercambiaron las primeras palabras. Llevaban cuatro años juntos en el proyecto que había ideado Raquel.

De vez en cuando, Víctor recordaba la primera vez que se dirigió a él para proponerle que se asociaran. No se lo había dicho nunca, pero se puso realmente nervioso con aquellas primeras palabras. Ella iba como siempre, con su corte de pelo casi masculino enrojecido a propósito con alguna clase de tinte, sus intensos ojos verdes, y sus labios grandes y carnosos. Durante su época de estudiantes la veía con frecuencia en las clases o deambulando por el campus, y le atrajo desde el primer momento en que se percató de su presencia, pero él parecía pasar desapercibido para ella, y poco a poco acabó ignorándola también. Ahora era bien distinto; la veía como su amiga y compañera de trabajo, aunque había descubierto que en el terreno personal era aún mejor que físicamente. Rebosaba energía, vitalidad e inteligencia, y estaba claro que ella se había encariñado con él, pero cuando Víctor tenía alguna ocasión de acercamiento al margen de la amistad que los unía, Raquel, que era muy intuitiva y lo detectaba enseguida, se apartaba de esa conversación con cariño pero de forma tajante, como una madre le dice a su hijo que algo no le conviene.

Esta actitud sólo conseguía estimular la tozudez de Víctor que contraatacaba una y otra vez con insinuaciones sarcásticas. Estaba convencido de que algún día derribaría la puerta de aquel castillo, o si no, insistiría con el asedio.

—Para tu información te diré que estoy tomando un café, arreglado y aseado en la plaza de la Catedral. Pero no me costaría nada meterme de nuevo en la cama siempre y cuando sea por una buena razón.

— ¡Ja! Tú no necesitas ninguna razón ni buena ni mala para pasarte el día en la cama —Raquel solía reprocharle constantemente lo tarde que se levantaba por las mañanas.

—Pues hoy he madrugado, me he levantado cerca de las diez y aquí estoy, teniendo una profunda reflexión acerca de mi vida y de mi próxima reencarnación en paloma que tú has interrumpido, y por eso en la otra vida no pienso dejar que pises mi nido.

Se dio cuenta de que estaba alzando la voz y de que las mesas de alrededor se estaban percatando de sus estúpidos comentarios. Le dio el último sorbo al café y se colgó la carpeta al hombro mientras caminaba cruzando la plaza con el teléfono pegado a la oreja.

—Pues yo te veo más como una urraca que como paloma, ya ves, será porque no me dejas que te diga el motivo de mi llamada.

¿Hacia dónde vas?

—A la biblioteca de la universidad —concretó Víctor cambiándose con dificultad el teléfono de mano.

—Pues entonces nos vemos allí en una hora y te lo digo en persona. Ciao.

La universidad de la Merced era un continuo ir y venir de estudiantes por esas fechas. Abrían todas las puertas para facilitar el paso sin apreturas y Víctor entró por la gran puerta de madera que estaba situada en la calle Santo Cristo. Fue directamente hacia la biblioteca y enseñó su carné al ordenanza que estaba en la puerta para controlar el acceso.

Había mucha gente ocupada en sus lecturas, pero pudo divisar un hueco en un rincón de una mesa que estaba junto a un enorme ventanal. Sacó un pequeño papel de su carpeta y la dejó sobre la mesa para dejar constancia de que aquel sitio estaba ocupado.

Abriendo el pequeño papel se dirigió hacia el mostrador de peticiones. La gruesa empleada de la biblioteca estaba ocupada bajo la repisa y levantó la cabeza con gesto indiferente cuando Víctor carraspeó educadamente para hacer notar su presencia. Permaneció unos minutos más esperando hasta que la empleada decidió atenderle.

— *Termas y baños romanos en el levante* por Heraclion Tarma, Arqueología —leyó en voz alta la empleada en el arrugado papel—, no va a resultar sencillo ¿Para cuándo lo quiere?

—Para esta misma mañana, no puedo continuar mi trabajo sin consultar antes el libro —informó Víctor, señalando con su dedo índice el pequeño trozo de papel. Permaneció mirando el rosado rostro de la empleada a la espera de alguna reacción, pero todo lo que vio fue cómo se volvía airada y desaparecía por la puerta que tenía justo a su espalda.

Regresó al rincón de su mesa y sacó su libreta de notas y un lápiz de la carpeta. Extrajo un puñado de folios manuscritos y buscó el último dispuesto a proseguir por donde lo había dejado la noche antes en su casa. Había terminado pasadas las tres de la mañana. Le gustaba escribir aprovechando la tranquilidad de la noche. Cayó en la cuenta que eso era algo que Raquel desconocía. Quizás si se lo contara alguna vez dejaría de hacer críticas sobre la hora a la que se levantaba por las mañanas. Pero no estaba dispuesto a contarle todas sus intimidades. Por lo menos no se las contaría hasta que tuviera claro que su relación se alejaba de la mera amistad para ascender al siguiente nivel. Posiblemente no se lo contaría nunca, pensó mientras lanzaba un suspiro de resignación.

Raquel apareció por la puerta mientras él repasaba las notas. Vio la cabeza pelirroja alzándose sobre su propio cuello

buscando por la gran sala a su socio. Víctor levantó la mano para facilitar su localización. Raquel lo vio y se dirigió hacia él con una gran sonrisa que mostraba una perfecta y blanca dentadura.

Vestía unos tejanos de marca y un fino suéter de lana gris. Estaba esplendida, radiante como siempre. Víctor no quiso apartar la mirada mientras cruzaba la sala, se regocijó observando su alegre forma de caminar y su cara ligeramente maquillada.

Raquel apartó de un manotazo todos los papeles que tan cuidadosa y ordenadamente había extendido Víctor sobre la mesa. Lo que le había llevado más de quince minutos organizar, su socia lo había mezclado en tan solo un instante mientras se sentaba a su lado y ponía su carpeta de piel marrón en el vacío que habían ocupado las notas de Víctor.

—Ten cuidado —advirtió Víctor en un susurro. Pero ya era demasiado tarde.

—Déjate de tonterías. Tenemos que hablar de algo realmente importante —contestó Raquel sabiendo cuál sería la reacción de su socio a tal comentario. Disfrutaba cabreándolo.

— ¿Te parece una tontería mi tesis? A este paso y con tus interrupciones no la terminaré nunca —protestó Víctor, mientras trataba de reorganizar de nuevo sus notas.

— ¿A quién le interesan los baños romanos? —Raquel sabía que la tesis que estaba preparando Víctor iba mucho más allá de los propios baños. Profundizaba en la construcción, elección de emplazamientos, y todo aquello que rodeaba a estas joyas de la arquitectura que permanecían en algunos lugares todavía en uso. Respetaba profundamente el tema que había elegido su socio para su tesis, pero ahora tenía

que sacarlo de su estudio precipitadamente para conseguir que se concentrara en el nuevo trabajo que le habían encargado. Raquel jugaba con ventaja; sabía que la pasión de ambos era la arqueología y que Víctor prefería el trabajo de campo a la investigación entre libros y bibliotecas. Los dos disfrutaban con las piernas metidas en la tierra hasta los tobillos. Como niños buscando un tesoro escondido, hincados de rodillas removiendo cientos de kilos de tierra y barro para encontrar un objeto que pesaba unos gramos, pero que había permanecido allí enterrado durante siglos, perdido en un aparente olvido y que ahora rescataban para conocer su historia. Quién lo había fabricado, a quién había pertenecido, y cómo llegó a aquel lugar, eran las tres preguntas básicas que apasionaban a los dos socios y a todos aquellos que estaban infectados con el virus de la arqueología. Pero tener la ambición de buscar no era suficiente. Una prospección arqueológica precisaba de mucho dinero, dinero que rara vez se podían permitir pagar lo propios arqueólogos. Como suele decirse, pocas veces los científicos pagan la ciencia, y éste no era un caso distinto. Necesitaban la financiación de organismos públicos como los ayuntamientos, que eran mayoritariamente para los que trabajaban.

Otras veces las propuestas llegaban de particulares, propietarios de terrenos que querían investigar un poco más sobre ellos y su historia, pero en este caso no todo eran buenas intenciones. Existía un mercado negro ansioso de restos para sus coleccionistas privados dispuestos a pagar fortunas por piezas únicas y antiguas.

Dentro de este sector la empresa que bautizaron como «Propex» había tenido mucha suerte. Capitaneada por Raquel, había realizado dos excavaciones en cuatro años, todo un record para una empresa nueva y regentada por dos estudiantes de postgrado. Ahora Raquel traía otra oferta

para trabajar y engordar el currículum de su empresa, circunstancia esta que tenían muy en cuenta a la hora de elegirlos. La proporción era directa: a más trabajos realizados, más encargos que surgían, así era este mundo. Un trabajo aparentemente fácil pero no por ello menos interesante le había llegado a Raquel por medio de un amigo en el Ministerio de Cultura que le avisó de que un ayuntamiento estaba interesado en revisar una zona con un alto valor arqueológico ya comprobado en otras excavaciones próximas. Este soplo permitió a la joven adelantar su propuesta a cualquier otra de la competencia, y había resultado elegida, no sin algo de ayuda adicional de su amigo del Ministerio.

—Tenemos trabajo y tiene muy buena pinta. Algo rápido y cerca de aquí —explicó Raquel, visiblemente contenta.

—No sé por qué te alegras tanto por trabajar —replicó Víctor—

¿A qué te refieres con cerca de aquí? —Quería dejar clara esta cuestión. Conocía lo que se ilusionaba su socia, y cualquier sitio del mundo le parecería cerca con tal de meter los pies en el barro.

—Esta vez es realmente cerca; a ocho kilómetros de aquí, en Alcantarilla —Raquel no apartó la mirada de su socio esperando ver su reacción a la noticia, pero él permaneció inexpresivo a propósito.

Era la primera vez que trabajarían dentro de la región. Los anteriores trabajos habían implicado viajes e incómodas noches de hotel. Esta vez sería distinto y mucho más agradable; podrían dormir en sus casas todas las noches. Económicamente también interesaba a Propex, ya que tendrían menos gastos y por consiguiente más beneficios.